

BÁRBARA ALVES

Respira,  
Rebecca,  
Respira...



# RESPIRA, REBECCA, RESPIRA

*Bárbara Alves*

1.ª edición: diciembre, 2016

© 2016 by Bárbara Alves

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-607-1

Gracias por comprar este ebook.

Visita [www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com) para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Rebecca, mi ángel de pelo rizado*

## Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

Carta para Rebecca

## Agradecimientos

## 1

—Keanu, si vuelves a contestarme, te quedas sin PlayStation. —Se lo digo despacito, susurrando, cerca de su oído, al más puro estilo de *El Padrino*.

—¡No me quieres, mamá, no me entiendes! ¡Todos vais en mi contra! —Parece que está a punto de llorar, pero yo sé que no, que es teatro; de todas maneras, si sigue mirándome con esa carita de rebelde incomprendido, no tardaré mucho en claudicar.

Me mira con los ojos entrecerrados y se va a su habitación, con portazo incluido.

¡Bien! He ganado la batalla, pero sé que tarde o temprano me lo hará pagar.

Me doy cuenta de que hablo de mi hijo mayor como si estuviera hablando de un gángster peligroso y vengativo, pero... ¡es lo que es!

Keanu tiene quince años, es un niño rubio de ojos negros. Es guapo, muy guapo. Tiene la clara convicción de que no crece, cosa que nos está martirizando a todos porque el niño crece con normalidad pero no con la rapidez que él desearía.

Todo ha empezado por unos pantalones cortos. Los miércoles y los viernes por la tarde hace breakdance y tiene que hacerlo con pantalones cortos —verano o invierno no es lo importante—; Keanu lleva buscándolos como media hora sin éxito. Está claro que la culpa es mía, por no llamar al técnico de la lavadora. Hace ya una semana que lo tengo apuntado en mi lista de tareas pendientes (es algo que ten-

go que dejar de hacer, tener mil listas y no hacer caso a ninguna) y todavía no lo he hecho. La ropa sucia llena ya tres cubos...

Voy a buscar la dichosa lista de tareas porque creo recordar que es ahí donde tengo apuntado el número de teléfono del técnico (amigo de un amigo de mi amiga Janet).

#### TAREAS PENDIENTES

*Coser uniforme de Chloé*

*Pagar recibo de luz*

*Comprar DVD de Supernanny*

*Llamar al técnico de la lavadora*

*Preparar cena romántica*

*Teñirme*

*iiiiiiDEPILARME!!!!!!*

*Llamar a Janet y conseguir el teléfono del técnico*

Vale, pues llamo a Janet.

—¡Hola, guarrona! ¡Te llamo porque tengo una crisis maternofilial en casa y todo es por tu culpa! —Se lo digo todo de seguido, sin ni siquiera darle tiempo a que me salude.

—¡Me río yo de tus crisis! ¡Yo tengo un cuadro de estrés de manual! —Lo dice chillando con ese tono que utiliza para obligarme a preguntar y olvidarme de mis problemas durante la charla.

—¿Qué pasa? —Ya lo ha conseguido, estoy preguntando.

—Ay, Rebecca, qué asco de todo... ¡Natalita la Guarraquetecagas ahora es diseñadora! La muy zorra está lanzando una línea de ropa hecha a mano con mucho amor... Está colgando las fotos en Instagram y ¡ya tiene ciento veinte comentarios! ¿Se puede ser más asquerosa? Estoy pensando seriamente en matarla, creo que voy a comprarle una

bolsa de chuches de tres kilos y obligarla a comérsela entera... a ver si revienta.

Natalita la Guarraquetecagas es la ex de Javi, el novio de Janet, una bloguera que tiene todas las profesiones del mundo, que todo lo hace *hand made* y de color rosa.

Janet es tatuadora, y conoció a Javi cuando este fue a tatuarse: él acababa de dejarlo con la Guarraquetecagas porque la tía le había puesto los cuernos y llevaba un tatuaje con su nombre, así que Janet le tatuó a Frida Kahlo y se lo tapó.

La Guarraquetecagas es vegana, dulce, pequeñita y guapa... O sea, ¡para matarla!

—Qué puta —digo—. La verdad es que la tía nunca deja de sorprenderme. ¿Qué dicen los comentarios? ¿Les gusta la ropa? —Mientras, pongo el altavoz para poder entrar a través de mi iPhone a Instagram y ver con mis propios ojos la colección de la Guarraquetecagas.

—¡Pues sí! Ya sabes que no tiene seguidores, tiene esclavos, los tiene hipnotizados, creo que mete algo en los filtros de sus fotos que hace que nos volvamos *chalaos*... ¿Es posible? ¡Voy a denunciarla, te lo juro! ¡Esto no se va a quedar así!

Mientras Janet me destripa sus planes de venganza yo ojeo las dichas fotos: no están mal, pero, claro, eso no puedo decirlo en voz alta, mi deber es odiarla y debo hacerlo por varios motivos:

- Es la ex del novio de Janet.
- Todo lo hace a mano y además bien.
- Se pasa el día flipando en la montaña.
- Está delgada.
- Si no la odio, Janet dejará de hablarme para siempre.

Así que...

—Pero, nena, ¿adónde va?! —grita Janet indignada—. ¿Esta qué se cree? Anteayer era fotógrafa; ayer, militante de Greenpeace, ¿y hoy es Stella McCartney? Es asquerosa y, además, no se va a comer nada con la dichosa colección.

—Tranquila, amor, ya le llegará... —le digo.

—Gracias, Rebi, menos mal que no soy yo la única que lo ve... Te llamo luego, ¿vale? ¡¡¡Voy a hacerme un tatuaje para desestresarme!!! ¡Chaoooooo!

Y me cuelga.

Y lo hace porque no tiene nada más que decirme.

Janet es mi amiga del alma, mi compañera de penas y alegrías. Es una preciosidad morena de ojos negros y dientes tan blancos que le brillan, es traviesa y muy mal hablada.

La conocí en el metro estando yo embarazada. Unos niños de aproximadamente quince años estaban sentados en el vagón y yo de pie, gorda y sudorosa. A Janet eso le indignó muchísimo y les pegó cuatro gritos a los adolescentes, que se levantaron sin pensárselo, nos dejaron sentar a ella y a mí y a partir de ahí nació nuestra amistad.

Me siento en la cocina iPhone en mano para seguir charfeando las fotos de Instagram y leer los comentarios de los fans-esclavos.

—¡Mamááá, los pantalones! —grita Keanu desde su habitación.

¡¡¡Mierda, el teléfono del técnico!!!

—¡Keanu, por favor, dame un minuto, lo estoy solucionando!

Vuelvo a llamar, esta vez desde el teléfono fijo porque la Guarraquetecagas y sus filtros mágicos me tienen absorbi-

da.

—Janet, ¿has visto la foto donde lleva los pantaloncitos cortos y el top negro? Fíjate bien: menudas cartucheras; además, ¡la manchita esa que tiene en el gemelo derecho es una variz!

—A ver... ¡Sííí, es verdad! ¡Voy a crearme un perfil falso y comentarle la foto-variz! ¡Besos!

Me siento bien, otra crisis resuelta por el gabinete Rebecca.

Keanu me devuelve a la realidad.

—¿Me vas a dar los pantalones o qué? —Está impaciente y no le culpo: faltan quince minutos para que empiece su clase.

Voy al armario, cojo los primeros pantalones de chándal que encuentro, agarro las tijeras y los convierto en unos pantalones cortos.

—¡Toma! Ni una queja, Keanu, te lo advierto... —Sigo con mi tono de *El Padrino*.

Soy una mala madre y sin teléfonos de técnicos que arreglen lavadoras.

Diez minutos más tarde, se marcha y vuelve a dar un portazo.

Son las seis de la tarde: tengo una hora por delante antes de tener que ir a recoger a Uma y Chloé y aprovechar para sacar de paseo a *Lola*, mi perrita, que es un cruce entre no sé qué y no sé cuántos, es blanca y tiene pinta de... ¿conejo? Sí, definitivamente, parece un conejo.

Debería ir al supermercado y preparar la cena; si fuera una madre de esas de anuncio, muy organizada y que llevan delantal, lo haría, pero no lo soy. Me enciendo un cigarrillo y me tumbo en el sofá a ver las novedades de Face-

book mientras de fondo, en la tele, Jorge Javier Vázquez pone en su sitio a Karmele Marchante.

Justo cuando estoy mirando el perfil de una compañera del trabajo de Diego, porque últimamente la menciona mucho, me llama: ¡joder, parece que me huela...!

—¡Hola, macarrón, ¿qué haces?! No me lo digas: estás superocupada, los niños te tienen muy agobiada y todavía tienes un montón de cosas por delante que probablemente no te dará tiempo a hacer, ¿a que sí? Eso o estás tirada en el sofá cotilleando en Facebook.

La madre que lo parió, si es que me conoce...

Me aguanto la risa.

—¿Tirada en el sofá? Sí, claro, con todo lo que tengo que hacer... Estoy en Facebook mirando el perfil de tu compañera Carina, porque me muero de celos... ¡No te jode! — Le digo esto porque vi en una película que nada es más difícil de creer que la verdad.

—Me lo imaginaba —me contesta, riéndose.

Vaya película de mierda, que no dice más que tontearías...

—Calla, anda, estoy haciendo la lista para ir al súper...

—Una mentira piadosa: quiero que siga pensando que no tengo tiempo absolutamente para nada.

—Ah, vale, cielo. Por cierto: Carina me ha dicho que el bolso que lleva en la foto del perfil no lo quiere... ¿Lo quieres tú?

Miro la foto del perfil, pero no hay ningún bolso, hay un gatito metido en un vaso de leche...

—No lo veo...

—Jajajajajá, la lista del súper, ¿no? Te quiero, mi amor, eres mi vida entera. —Y me cuelga.

No puedo engañarlo, me conoce y además de guapo es muy listo.

Tres horas más tarde...

Mi cocina se ha convertido en un campo de batalla.

Evidentemente, no he ido a comprar, y las consecuencias de esto son:

- Keanu cena un bocadillo de fuet.
- Uma, ensalada y tortilla a la francesa (tiene nueve años, dice que está gorda y cuida su alimentación).
- Chloé está sentada en su trona y cena puré de verduras que he descongelado: parece ser que, en un arranque de buena madre, un día —no recuerdo cuándo— hice el intento de ser organizada y congelé varios tupperts.

Diego todavía no ha llegado a casa y le odio por ello.

Diego trabaja hasta a las once de la noche.

Diego se libra de:

- Las meriendas.
- Las cenas.
- Los baños.
- Las lavadoras.
- Los deberes.
- El breakdance de Keanu.
- El taekwondo de Uma.
- La natación de Chloé.
- Los paseos de *Lola*.

Y encima tengo que aguantar que se ría de mí.

Estoy deseando que los niños acaben de cenar y se metan en la bendita cama. Necesito respirar y darme un baño relajante. Necesito una copa de vino y un polvazo de Diego.

—¡MAMIII! —Uma grita desesperada.

—¿Quéééééé? —le pregunto en el mismo tono, no para fastidiar, sino porque realmente estoy desesperada.

—¡Chloé me está tirando puré en el pelo! ¿Podrías comportarte como una madre adulta y ocuparte de que tu hija meta el puré donde debe meterlo? —Esa es mi hija: rubia, pecosa y madura hasta la médula.

Es increíble como una niña de nueve años puede hacerme sentir tan mala madre...

—¡Chloé, por favor, no le tires el puré a tu hermana! El puré se come, aaasíiiiiiiii. —Me meto una cucharada de puré en la boca y comprendo por qué Chloé lo está tirando.

Chloé tiene dos años, es morena con el pelo rizado, tiene muchísimo carácter y me parece que en unos años nos va a llevar a todos firmes.

Acaban de cenar, los aseo, los acuesto, recojo la cocina, preparo la ropa que han de ponerse mañana, le pongo su comida a *Lola* e improviso un plato de pasta para Diego... Me siento.

Mis ganas de vino y polvo se han evaporado, las han sustituido las ganas de tener una asistenta, una canguro y que me den un masaje en los pies.

Tengo que tener una larga charla con Diego y dejarle claro que esto no puede seguir así. Necesito ayuda, colaboración y un domador de leones que me aconseje con los niños.

Cuando llega, yo ya estoy metida en la cama. Le oigo trastear en la cocina, no sé si hacerme la dormida o esperarlo despierta y charlar un rato con él.

Entra en la habitación con los vaqueros desabrochados y sin camiseta, está tan guapo... Mi mente me juega malas pasadas y olvido mi enfado para imaginármelo encima de mí, sudando y diciéndome esas guarradas que sabe que me ponen tan... ¡¡¡No, no caigas!!! ¡¡¡No te dejes deslumbrar por esos ojos negros y esa cara de *latin lover* italiano!!!

—Voy muy cansada, Diego, tienes que echarme una mano, trabajo toda la mañana y cuando llego a casa por la tarde no paro. —Evito decirle que me he tirado una hora mirando Instagram y Facebook, eso ya lo sabe—. Un día de estos me va a dar un colapso nervioso y te vas a quedar sin mí... ¡Ya lo verás!

—Ven aquí, bolita de queso, que te voy a relajar. —Sus manos suben por mi espalda y yo...

—Mmmmmm, nooo, paraaa, de verdad, estoy muy estresada y siento que ya solo soy madre.

Sonríe y me besa, su lengua está fría, como si acabara de beber algo helado, sus manos vuelven a la carga pero esta vez buscan mis pechos, me doy cuenta de que me está mirando fijamente, que busca una reacción que sabe que llegará de un momento a otro.

Son las 5.30 de la mañana, Beyoncé me despierta con su «Single Ladies» y me entran unas ganas terribles de romperle una pierna para que se calle.

Algo me pasa, hago cosas de las que luego me arrepiento. ¿En qué momento de mi vida decidí que era una